

MAHMOOD MAMDANI (2009). *SAVIORS AND SURVIVORS: DARFUR, POLITICS, AND THE WAR ON TERROR*. NEW YORK: PANTHEON, 416 PÁGS.

Para quienes hemos estado en Darfur trabajando y, a la vez, hemos accedido a los autores que destacan sobre esta guerra (Gérard Prunier, M. W. Daly, Julie Flint, Alex De Waal, Douglas H. Johnson, entre otros), el trabajo de Mahmood Mamdani no es una versión más de esta guerra, sino otra versión, en el sentido de que trasciende lo meramente descriptivo y toma postura, las más de las veces en contravía de la versión mayoritaria, lo que lo convierte en un libro complementario a los otros trabajos sobre Darfur.

Estamos ante un libro tan documentado como arriesgado. Mahmood Mamdani, quien es de origen ugandés, ya se había adentrado en el debate del islam en su libro *Good Muslim, Bad Muslim* y ahora nos regala un libro que, sin temor, pelea en todos los frentes de debate sobre Darfur sin miedo a tomar una posición.

Para hacer la cosa más riesgosa, podemos decir que nosotros, al agrupar sus frentes de debate de manera arbitraria, como toda taxonomía, encontramos prácticamente toda la agenda sobre análisis de conflictos del siglo XXI en cinco ámbitos: el problema del momento en que nace un conflicto, el problema de sus causas últimas, el problema de cómo se califica, el problema de la construcción de alternativas y, finalmente, el papel de la comunidad internacional.

Sobre el origen de las guerras, hay quienes siguen creyendo que la violencia originada antes de 1989 –cuando cayó el Muro de Berlín– o después de 2001 –cuando cayeron las Torres Gemelas– son violencias esencialmente diferentes de las previas o de las posteriores y el debate de la naturaleza de un conflicto armado se reduce a un problema de calendarios (Mary Kaldor).

Sobre las causas de las guerras sigue habiendo desde versiones reduccionistas hasta discursos aprendidos y repetidos sin crítica alguna; el aparente terrorismo derivado, según algunos teóricos, de la naturaleza misma de una religión, cierra el debate a futuros análisis.

Y sobre el debate de la calificación, se usan categorías jurídicas mezcladas con apreciaciones políticas, confundiendo más que aclarando, generando tonalidades de gravedad que poco ayudan a la protección debida de las víctimas.

En el caso de Darfur, hay quienes piensan que el conflicto armado actual empieza en 1916, cuando Darfur, sultanato en ese entonces, es incorporado en esa amalgama de Sudán-Egipto; otros dirán que en 1954, cuando nace un intento de Estado-nación llamado Sudán; otros que en 2000, con el lanzamiento del *Black Book* ('Libro negro') por parte de los posteriores fundadores del grupo rebelde JEM (Justice and Equality Movement); y otros en 2003, cuando estos rebeldes más los del SLA (Sudanese Liberation Army) atacaron frontalmente al ejército dirigido desde Jartum.

Para Mamdani, la guerra en Darfur empieza en los años 80, cuando la conjugación de la falta de recursos que se expresa en la hambruna de 1985 –muy estudiada por De Waal–, la manipulación del discurso étnico y las tensiones políticas en el seno de la comunidades del occidente de Sudán generan la confrontación armada, a la que luego se suma tanto la demanda de las élites de Darfur por ser in-

cluidas dentro de esa nación por definir llamada Sudán y la respuesta de gobierno central de pulverizar manu militari toda oposición y todo reclamo. El propósito del autor de recalcar el origen del conflicto en tal periodo es, sin duda, crear un continuum entre los años ochenta y la primera década del siglo XXI, lo que a pesar de ser riesgoso, refuerza debates que a veces se olvidan, como el de la tenencia de la tierra o la manipulación de la idea de tribu.

El segundo debate es el relacionado con las causas últimas del conflicto –a lo que ya Johnson había dedicado un libro. A veces la prensa y a veces hasta altos representantes de las Naciones Unidas presentan como necesarios y suficientes para entender el conflicto dos aspectos: uno, el clima que hace crecer el desierto y empuja a las comunidades del norte a desplazarse al sur y dos, las tensiones entre las etnias por razones que van más allá de los recursos, digamos por razones *étnicas*. Ninguna de estas dos razones es suficiente. Reducir Darfur a sólo uno de estos aspectos es ofrecer un abordaje «hemipléjico» del problema.

Para Mamdani hay dos constantes en su presentación: la manipulación de la etnia, como discurso creado desde fuera, usado por los ingleses y los egipcios en el pasado, repetido por las élites de Jartum, bajo lo que muchos llaman el *colonialismo interno*. Esta creación de etnias por mandato británico no deja de recordar la creación de etnias en Ruanda por mandato belga. Y, como segundo elemento, los problemas de construcción de una nación llamada Sudán. En esos intentos por construir Sudán aparecen y se entremezclan miradas arabistas, africanistas, nacionalistas e islámicas. Ninguna tiene todas las respuestas, pero todas son imprescindibles.

Si, citando a Galtung en su *Teoría de conflictos*, dijéramos que el conflicto de Darfur tiene más causas estructurales que culturales, entonces la respuesta a la crisis debería de venir de reformas estructurales. El autor disecciona las propuestas de Estado-nación que se han hecho desde el arabismo, el africanismo, el islamismo y el nacionalismo sudanés, cada una de estas propuestas acompañada de sus propios mitos, como la del *auténtico sudanés*. Y, luego, reagrupa tales debates creando dos líneas históricas en tensión: los que se apegan a la tradición y los que creen en lo moderno o, mejor, dentro de lo que la sociedad entiende por tradicional y por moderno y, a la vez, qué sería de esto lo mejor para Sudán.

El tercer debate es cómo calificar los horrores de Darfur. Para el presidente de Sudán Omar al-Bashir no pasa mayor cosa, el número de muertos admitidos por Jartum muestra el desdén y la burla con la que se ve la guerra de Darfur –han admitido sólo 9000 muertos en años de guerra; para el fiscal de la Corte Penal Internacional, así como para el gobierno anterior de los Estados Unidos, de lo que se trata es de un genocidio.

Estoy de acuerdo con que el comienzo de la guerra puede situarse en diferentes años, sin que eso signifique un gran debate; en el caso colombiano algunos sostienen que el conflicto empezó en 1948, otros que en 1964-1966 y otros ubican un origen más cercano. En el caso de Palestina, algunos se irían hasta la prehistoria, otros a 1948 y otros a 1967. Ese no es un problema insoluble en Darfur.

En el caso de las causas de la guerra, coincido en que los intentos –más caricaturas que intentos– de construir una nación moderna en Sudán explican

buena parte del origen de la guerra, por supuesto salpicada con el hecho de que la guerra sucede en un entrono de tribus y etnias con tensiones entre ellas. El autor batalla duramente contra el mito, ya denunciado por otros autores –Prunier, por ejemplo– de que el conflicto se puede explicar por el simplismo de árabes *versus* africanos. Irónicamente, podríamos decir que lo de reducir la guerra a un problema tribal sería aceptable si, igualmente, aceptáramos la existencia de la tribu *élite* asentada cómodamente en Jartum.

Pero en el caso de la calificación de que no hay genocidio en Darfur, me genera cierta inquietud la lógica aplicada. Para Mamdani, claramente no hay genocidio. Es necesario empezar por puntualizar que hay, por lo menos, dos percepciones y/o definiciones de lo que es genocidio: la jurídica –que es clara en la convención sobre el tema– y la política, que depende de agendas e intereses más allá de lo que diga el derecho. Y uno de los problemas más recurrentes de nuestros días es creer que son dos definiciones intercambiables.

Para Mamdani, no se debe y no se puede hablar de genocidio por tres razones, de las cuales dos son altamente discutibles. La primera, cierta, es que esa categoría desvía el debate sobre los años 1980, años en que según el autor comienza el conflicto. Aunque su preocupación es lógica, la definición de genocidio no puede depender de agendas que abran o que cierren dicho crimen. La segunda argumentación es que el uso de la llamada *palabra G*, como la citan algunos, produciría impunidad entre los que resisten al genocidio y, entonces, diríamos, el JEM y el SLA no serían responsables de sus actos. Esto no es así, la prueba está en el proceso en la Corte Penal Internacional contra los rebeldes por crímenes de guerra. Y tres, enfatizando en la reconciliación, el autor considera que la *palabra G* aleja, más que acerca, a las partes en conflicto, pero ésto es bueno o malo dependiendo de qué tan cerca ponemos la noción de paz de la noción de justicia.

Pero el debate sobre si es o no genocidio, él mismo lo divide en dos ámbitos, el debate de los números y el debate de la identidad de los hechos. Hay casos como el de Srebrenica, que se calificó de genocidio con un número «pequeño» de víctimas, sin que un número similar en Sabra y Chatila (el Líbano, 1982) reciba la misma definición. Por supuesto, el debate sobre un genocidio en Darfur sigue abierto.

El cuarto aspecto a mencionar es cómo construir salidas, cómo generar procesos de paz. Este tema no es tan marcado como los otros, aunque a veces aparecen pinceladas, muy en la línea de que es mejor la reconciliación que el castigo, máxime cuando considera que un castigo de origen externo –las Naciones Unidas, la Corte Penal Internacional, etc. – hacen poco o nada por la reconciliación y la eventual reconstrucción posbélica. En la misma línea oída a Alex de Waal –sin ser idénticas– hay un marcado escepticismo frente a los mecanismos de la justicia internacional, siendo, precisamente, Darfur el primer gran reto del derecho penal internacional de nuestro tiempo.

Un quinto problema que aborda el libro –de ninguna manera en este orden– es que el autor cuestiona el papel de la comunidad internacional, que se ampara en la noción de la mal llamada *guerra contra el terror*. El autor rechaza como solución la también mal llamada *intervención humanitaria*, tanto porque la considera

fruto del doble rasero de la comunidad internacional, así como impregnada de una visión neocolonial que, entonces, no daría cuenta del problema real de Darfur, sino que lo agravaría.

Critica Mamdani a un sector de la sociedad civil de los Estados Unidos que él no duda de calificar de «no pacifista» en cuanto llama a la intervención armada para detener los crímenes –se refiere a la coalición que trabaja bajo el nombre de Save Darfur– y, al final, remata con su crítica a la tan de moda «responsabilidad de proteger».

Hay muchas razones para criticar dicha responsabilidad, nacida principalmente para tratar de dar respuesta, sin lograrlo, a la pregunta sobre qué hacer cuando, ante un contexto de violencia extrema, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas se bloquea –caso de Kosovo. Una de las mayores críticas, más allá de este libro, es que la «responsabilidad de proteger» no responde a la pregunta en cuestión sino que la evade. El problema es que para Mamdani, el asunto de la justicia internacional se reduce a un problema de casi neocolonialismo.

El libro llama, en todos sus capítulos, a no explicar Darfur sin las generalidades de la mal llamada guerra contra el terror, los mitos sobre África y el colonialismo europeo, pero tampoco sin sus particularidades como la construcción de Sudán, la forma histórica en que las élites de Jartum han enfrentado a quienes protestan en su contra –ya sea en el sur de Sudán, en Kordofán o en Darfur–, la competencia por recursos agravada por una sumatoria de legislaciones sobre la propiedad de la tierra y el crecimiento del desierto, entre otras cosas.

A pesar de su débil argumentación para negar el genocidio de Darfur y de su aire reactivo antioccidental –esto último más positivo que negativo–, en general la obra de Mamdani es indispensable para sopesar debates sobre la guerra en Darfur.

Es, para resumir, un libro un poco a contracorriente, no sólo porque trasciende lo descriptivo, toma claramente partido y asume posiciones, sino porque toma partido en contra de las tendencias mayoritarias a muchas tesis y percepciones. Niega que haya un genocidio, no por apoyar a Jartum, sino precisamente como rechazo a una visión colonialista del conflicto en Darfur; niega la reducción del conflicto a un problema de tribus, no porque niegue las tribus como tales, sino porque define el conflicto desde el fallo en la construcción de Sudán; niega que el conflicto empiece en 2000 para obligar a una mirada más histórica de las causas de la guerra, para forzar un rastreo necesario de los años 1980, de hambre y confrontaciones locales.

En una época en que se erigen categorías, incluso desde la academia, que no parecen servir para un análisis objetivo sino para perpetuar mitos, como la guerra contra el terror o las nuevas guerras, un libro que se compromete más allá de lo descriptivo, es siempre un buen regalo. No sólo por la cantidad de información bien presentada sobre Darfur, sino porque al abrir las puertas a debates más universales sobre la naturaleza de los conflictos, abre también espacios para análisis comparados, que tanto se echan de menos.

Víctor de Currea-Lugo, doctor en derecho y especialista en derechos humanos.